

Randall Collins

Violence. A micro-sociological perspective

Princeton, Princeton University Press, 2008

«Violencia» es un nombre muy amplio para el objeto de este libro: las interacciones físicamente violentas entre agentes sociales (dos individuos, un individuo y un grupo pequeño o dos grupos no muy amplios). Pero es adecuado para destacar su contra-intuitiva tesis: que los seres humanos *no* somos naturalmente proclives a pelear, que *no* es fácil generar violencia socialmente y que —salvo unos pocos especialistas—, la ejercemos con notoria *incompetencia*. El argumento que la sostiene discurre así:

Según la teoría expuesta en *Cadenas de rituales de interacción* (Anthropos, 2008), los seres humanos, buscando optimizar nuestra energía emocional (confianza, iniciativa, entusiasmo), nos involucramos espontáneamente en rituales de interacción cuya efervescencia colectiva, fruto del foco de atención compartido y la consonancia emocional, genera sentimientos graduados de fortaleza personal, solidaridad grupal, adhesión a símbolos comunes y una actitud moral. Estas interacciones pacíficamente cooperativas habituales se contraponen a las interacciones antagónicas, donde participantes con propósitos opuestos o ritmos inconciliables se disputan la definición emocional de la situación, es decir, su dominio.

Lo que está en juego es qué/quién va a centrar la atención consciente de quién durante el desarrollo de la próxima interacción, quién va a marcar el ritmo y a dar pie, con los contenidos que vaya introduciendo, a una u otra «coreografía» de acciones coordinadas, que posición se ocupará en la estratificación local y, por supuesto, qué emociones se experimentarán durante esa cooperación y cuáles serán el resultado final del encuentro —quién ganará o perderá energía emocional—. El dominio de la situación —y con él la restauración de la solidaridad que la confrontación amenaza— puede obtenerse por consenso, dominio espontáneo o mera intimidación; pero a veces se recurre a la violencia física, que supone una quiebra radical de la solidaridad situacional. Collins sostiene que para que se produzca esta trasgresión de nuestra querencia natural hacen falta circunstancias especiales.

La confrontación es un ritual de interacción con un intenso foco de atención mutuo y vivas emociones de agitación, ira o miedo. Sus participantes experimentan siempre una *tensión*

de confrontación paralizadora que inhibe la violencia. Esta tensión es esencialmente miedo —de sufrir daño, pero también de infligirlo; de fallar al grupo o al sentido (socialmente derivado) de la propia dignidad; pero es, aún más, aversión a romper la tendencia innata a entrar en una interacción solidaria de foco común y consonancia emocional con el otro, a romper su ritmo y su consonancia con los propios. La tensión que acumula la situación desemboca en agresión física *sólo* si se halla un modo de superarla, de transformarla en actos contra la moralidad convencional de las situaciones normales.

Collins no niega la agresividad humana, pero afirma que imponerse a otro *por la fuerza* —en lugar de coordinarse con él—, exige un esfuerzo emocional adicional, ingrato y difícil; que ejercer la violencia *cara-a-cara* irrita, arredra o repugna —a menos que surja una asimetría emocional que dé el dominio situacional a una de las partes—. «Dominar nos gusta a todos, pero —inquiere Collins— ¿cuánta violencia es usted capaz de generar y está dispuesto a usar, con quién y en qué situaciones, para lograrlo? De otro lado, ¿cómo logran algunos ser activa y hasta eficazmente violentos, incluso de forma habitual?».

Collins muestra que, contra la mitología de nuestra narrativa —literaria, cinematográfica, mediática—, la violencia física no surge a la menor ocasión, ni se contagia fácilmente ni suele durar: los choques físicos suelen ser breves, y participantes y circunstantes —que tienden a quedarse al margen— suelen hallar modos de ponerle coto o fin. Más aún, que las teorías basadas en características estructurales, en la oportunidad y el control social, en la psicología clásica o evolutiva, o en la cultura no explican la escasa población de los «grupos de riesgo» que, de hecho, ejerce esa violencia —la públicamente estigmatizada, no la socialmente tolerada, aprobada o promovida—, y las pocas ocasiones y el breve tiempo que recurren a ella —ni tampoco su ejercicio por individuos que pertenecen a categorías sin esos condicionantes—. Frente a las teorías que enfatizan los motivos de los agentes, Collins sostiene que las acciones y sus motivos se fraguan paralela e interactivamente en las mismas situaciones que aquellas vienen a resolver y estos a explicar (o justificar).

Si se estudian empíricamente —mediante observaciones directas, grabaciones y reconstrucciones técnicas— las situaciones reales de violencia física y se comparan a través de distinciones tradicionales pero vacuas teóricamente (violencia doméstica, delito y crimen, duelos, choques deportivos, alteraciones políticas o civiles del orden, abuso policial, guerra, etc.) se advierte que la violencia no nace de la dotación genética, los antecedentes sociales estructurales, la cultura o la motivación de unos *individuos* (particularmente) violentos —éstas son, más bien, *condiciones* no siempre necesarias y nunca suficientes de la violencia—. Sus *causas* desencadenantes inmediatas son los rasgos *de la situación* que conforman las emociones de los participantes —y, por ende, sus actos— de un modo que les permite superar la tensión de confrontación en forma de ataque —condicionado a su propio desenvolvimiento—.

En situaciones de confrontación —*no física, sino emocionalmente* equilibradas—, los antagonistas tienen un foco de atención común en su oposición y una consonancia intensa en su mutua hostilidad, que generan emociones paralizantes de tensión/miedo y bloquean la agresión, salvo que la dinámica de la situación dé a una de las partes la motivación emocional para atacar violentamente con efectividad —la percepción de una debilidad decisiva en el rival, la mutación de la propia tensión en una reacción pánica de agresión, el sentimiento de superioridad y confianza inducido por la audiencia o los circunstantes, etc.—. El resultado es el

control del proceso de consonancia mutua: la sintonización/sumisión del más débil emocionalmente al ritmo y dirección del más fuerte, que ocupa el centro del espacio de atención y nutre sus emociones de la galvanización emocional (positiva o negativa) del otro individuo o grupo; vence así la tensión/miedo de la situación y lo domina.

Así se comprende mejor que —juegos festivos y formas irónicas de solidaridad aparte— la mayor parte de los enfrentamientos se quede en bravuconadas o se eludan mediante expedientes más o menos honorables o humillantes; que la mayor parte de la violencia consista en el abuso esporádico, regular o sistemático de alguien más débil; en la escenificación de combates por el honor donde el foco de atención emocional de los adversarios se centra en una audiencia que —según su tamaño y actitud— provee o no la motivación emocional de que puede derivarse la superioridad situacional; en ocasiones festivas o reivindicativas cuya intensidad se desborda; y en cierta cifra de asaltos, atracos, asesinatos, actos terroristas, etc., clandestinos.

También se explica el relativamente reducido número de individuos competentes en materia de violencia —sus escasos pero temibles «especialistas»— y la fuente de esa competencia. Algunos individuos soportan mejor la tensión y el miedo de la confrontación; pero, aún más, unas pocas situaciones les permiten sacar ventaja de la tensión/miedo de sus oponentes y/o de la presión o el apoyo social que les impulsa a actuar violentamente contra otros. Pocos logran un frío y eficaz distanciamiento; menos aún, un gozoso frenesí destructivo.

En suma, los humanos estamos precondicionados para hallar satisfacción en la consonancia emocional con quienes compartimos un mismo foco de atención. Ésa es nuestra expectativa básica y el conflicto la destruye y genera una tensión de confrontación que puede resolverse de tres maneras: idear una fórmula cooperativa de interacción ritual pacífica que satisface condicionadamente los intereses locales de las partes, abandonar el encuentro entre alardes demostrativos de bravura —«salvando la cara», disuadiendo al otro de la agresión— al no haber hallado otra manera de superar la tensión de confrontación, o bien (crear) descubrir un modo de hacer efectivo el dominio situacional mediante el uso —a menudo limitado por otros, sobre todo en marcos lúdico-deportivos, o auto-contenido— de la fuerza.

El hecho de que la violencia estalle o no, qué tipo, con qué intensidad y extensión, así como quién gane o pierda la contienda, depende de la micro-dinámica, de las variaciones de intensidad de micro-procesos emocionales mediante la que unos pocos, ocasional o regularmente, extraen parasitaria o simbióticamente de la mayoría (convertida así en «pacífica») la energía para imponerse, incluso mediante el uso de la fuerza, en la competencia por la estratificación emocional de la situación. La competencia social suele operar pacífica, cooperativamente «por defecto», dada nuestra querencia a la consonancia emocional, pero ciertos individuos, en ciertas circunstancias —especializados en agredir al débil o con organización social de respaldo—, obtienen la motivación para desarrollar técnicas y estilos de interacción que les permiten superar su tensión/miedo confrontacional y vampirizar el de su oponente para hacer uso de la violencia con eficacia, y de forma instantánea, reiterada o continua, según propicien las situaciones y sus cadenas temporales. En la incisiva frase de Collins: «La violencia no la generan individuos aislados, sino todo un espacio emocional de atención» (p. 413).

De ahí que sostener choques físicos dilatados —combates de boxeo, algaradas de vandalismo «deportivo», sublevaciones políticas, guerras— requiera un poderoso ejercicio de

organización social, así como, por lo general, un dilatado y efectivo proceso de instrucción ritual para que un ser humano llegue a ser un eficaz especialista en el ejercicio de la violencia física. En perspectiva histórico-evolutiva, afirma Collins, «La violencia no es primordial y la civilización no la domestica; lo contrario está más cerca de la verdad» (p. 29). «La historia de la violencia es la historia de las técnicas sociales para construir tipos específicos de violencia» (p. 469).

La casi totalidad de *Violence* es, por lo demás, un catálogo de la abundante, variada y a menudo estremecedora evidencia empírica —acerca de más de treinta tipos distintos de violencia: bélica, policial, criminal, doméstica, escolar, callejera, en situaciones festivas, con testatarias, deportivas, etc.— que apoya esa idea. Sirviéndose de registros visuales, de observaciones propias y de estudiantes, de entrevistas con profesionales de la violencia, de su persecución o de testigos, de noticias detalladas, de informes etnográficos, y de relaciones históricas que abarcan desde la edad de Bronce hasta hoy, Collins acumula un inmenso aparato de prueba a favor de que, dado un foco común, la tendencia humana a la consonancia emocional prevalece sobre el impulso a la agresión, salvo en condiciones sociales concretas.

Más en detalle, la evidencia muestra que la violencia comúnmente estigmatizada (violencia doméstica, acoso escolar, asaltos, atracos) sólo ocurre cuando se ataca a una víctima no necesariamente física, sino *emocionalmente* más débil, en especial cuando, tras un periodo de intensa acumulación de tensión/miedo, el colapso emocional de una parte desencadena un *ataque pánico* (*forward panic*), a menudo atroz, por parte de la otra, situación que puede venir precedida de cálculo racional, pero que evoluciona como un doble ciclo de retroalimentación emocional de la pasiva impotencia y aislamiento de la víctima y de la histórica ferocidad y la solidaridad en la violencia del agresor; una doble (auto-)consonancia asimétrica que se retroalimenta recíprocamente y se extiende, incluso largo tiempo, por contagio emocional. Una fórmula que sistematizada y prolongada en el tiempo puede dar lugar a espantosos *regímenes de tortura y terror*.

En cambio, cuando la violencia es aprobada socialmente (o tácitamente excusada, si no alentada) son los mismos rasgos que la contienen —el respeto mutuo y del público por las reglas— los que le otorgan estatus honorable —duelos, competiciones—; en este campo emocional pueden darse localmente transformaciones que mudan en violencia —en «vacaciones morales»— una ocasión de celebración, diversión o esparcimiento (un caso particular es el gamberrismo deportivo, en circunstancias predecibles cuando los jugadores se dejan arrastrar por la acumulación de tensión del juego y los espectadores por la de aquéllos) o, por el contrario, dan a un disturbio un tono festivo.

Pero aún se necesita una extensa investigación empírica para dilucidar en detalle las distintas dinámicas de los procesos temporales, a corto y largo plazo, de negociación y de aprendizaje de roles (mediante la negociación y desarrollo de técnicas de autoconsonancia con la propia agresividad o sumisión, y de consonancia inversa con las emociones del otro) a través de los que los participantes aprenden a movilizar sus recursos para desarrollar, en la situación inmediata, técnicas de conflicto, de control, de fuerza (de imposición, enfrentamiento, agresión, apaciguamiento, pasividad, sometimiento) que permiten actuar patrones concretos de violencia (y/o su contención) tanto inmediatos como extensos en el tiempo;

para evitar incurrir o recurrir en puntos y momentos decisivos de la interacción conflictiva que llevan a un tipo específico de violencia (su inhibición o su cese).

En muchos tipos de violencia «fría» es aún poco lo que se sabe de cómo la dinámica de interacción de las redes verticales (intergeneracionales) de «iniciación» —que ofrecen formación y patrocinio— y horizontales (cohortes) de «ascenso/logro» (siempre provisional) —dentro de las cuales se desarrolla la cooperación, la competencia y la rivalidad de los especialistas— distribuye desigualmente la energía emocional en una suerte de juego de suma cero (limitado por las oportunidades de ejercer las pericias adquiridas y por el tamaño del espacio reputacional de atención) y estratifica la «comunidad» violenta según una «ley de los números pequeños» similar a la que rige el campo de atención de la competencia intelectual —que Collins describió en *Sociología de las filosofías* (Hacer, 2005)—. La dinámica de «sucesión generacional» de las elites en distintos tipos de violencia se desconoce también en buena medida.

La investigación empírica deberá abordar anomalías como las (raras/breves) peleas entre desconocidos con equilibrio de fuerzas, en contextos anónimos, sin relación con ocasiones «festivas» o de contestación, y en ausencia de «público» —por ejemplo, a causa de incidentes de tráfico—. O las figuras que parecen buscar y *gozar* de la violencia, como los *moshers* (quienes ocupan el espacio ante el escenario de un concierto punk bailando a base de empujones), los *hooligans* (seguidores deportivos que dominan tácticas organizativas para generar peleas desiguales con sus homólogos, otros aficionados o transeúntes) y otros grupos que reinciden incluso a pesar de perder sistemáticamente sus peleas. (O el caso extremo de los asesinos en serie que operan «sin audiencia».)

Su enfoque histórico-pero-microsituacional pone a Collins en controversia directa con Bourdieu, Elias o Tilly, entre otros, y abre la puerta a un debate sobre el conflicto social que puede enriquecer esta área. Ese debate deberá clarificar el significado de la energía emocional *antinómica* —cuándo, dónde y para quién constituye una autoafirmación actuar contra la normatividad local en vigor— y explicar si la evolución desde la violencia de baja intensidad (torpe) pero casi universal de los niños pequeños a la dualidad de la minoría «pacífica» y la exigua minoría de adultos especialistas muy violentos es fruto de un proceso de socialización-interiorización o de aprendizaje de técnicas de dominio cuyo producto es la «redistribución de la energía emocional dentro del campo de fuerzas de un espacio social de atención»... Así como concretar el significado estructural, interaccional y psicosocial de las metáforas básicas de esta teoría: *campo de fuerzas* emocionales, *espacio de atención* situacional —la propia *energía* emocional—, etc. La teoría de los rituales de interacción violenta puede tener gran repercusión en diferentes sociologías especializadas: de la desviación, de la familia, de la educación, de los movimientos sociales, de las profesiones... y un largo etcétera.

En sus líneas finales, Collins ofrece una aportación sociológica infrecuente: un breve decálogo de medidas prudenciales para no provocar la violencia y estructuras alternativas para reducirla o limitar sus daños. Es éste, si hay alguno, un campo donde resulta prometedor el desarrollo de una sociología clínica que aborde las peculiares circunstancias mitigadoras de los muy distintos tipos de violencia. Pensar en eliminarla por completo es irreal; en todo orden social habrá siempre yacimientos de energía antinómica que otorguen a quienes sean

capaces de superar a costa del otro la tensión/miedo que genera una situación de antagonismo el premio del dominio del espacio de atención (y el estatus situacional concomitante). Pero es posible descubrir y difundir pericias para desincentivarla o resistirse con éxito a ella en alguna medida; parece, además, un deber innegable, y la reducción o disminución de numerosas formas de violencia hoy periclitadas o en declive muestra que es posible.

JUAN MANUEL IRANZO AMATRIAIN
Universidad Pública de Navarra
jmia1706@hotmail.es